

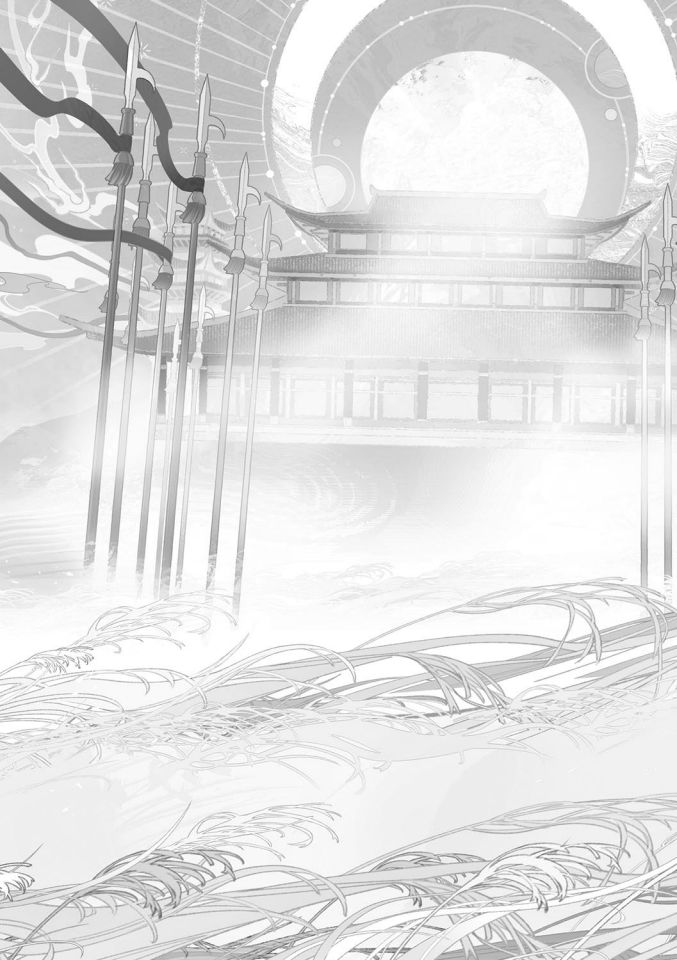



LA MANCHA *que nos* QUEDA

YUWU

1








Published originally under the title of 余污 (Yu Wu)

Author © 肉包不吃肉 (Rou Bao Bu Chi Rou)



Spanish edition rights under license granted by 北京晋江原创网络科技有限公司
(Beijing Jinjiang Original Network Technology Co., Ltd)

Ilustraciones cedidas bajo licencia por Seven Seas Entertainment, Inc

Ilustraciones de portada e interiores © St



Cover and interior illustrations © 2023 Seven Seas Entertainment, Inc.

Spanish edition copyright © 2025 NORMA EDITORIAL S.A.

Spanish edition arranged through JS Agency Co., Ltd, Taiwan

All rights reserved.

Publicación de Norma Editorial, 2025

Norma Editorial, S.A. Passeig de Sant Joan, 7, principal.

08010 Barcelona. Tel.: 93 303 68 20

E-mail: norma@normaeditorial.com

Traducción: Gabriel Salgado

Edición externa: Red Cameo

Diseño gráfico: Cuadratín Estudio

Maquetación de cubierta: Martín Garcés

Corrección: Kai Vega y Estela Gómez


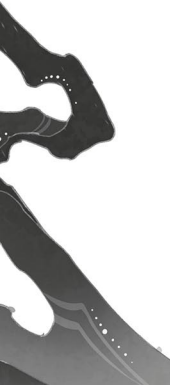
Depósito legal edición regular: B1810-2024

ISBN edición regular: 978-84-679-7334-1

Depósito legal edición especial: B 12602-2025

ISBN edición especial: 978-84-679-7848-3

Printed in the EU



LA MANCHIA *que nos* QUEDA

YUWU

1

ROU BAO BU CHI ROU

Traducción: Gabriel Salgado

NORMA
Editorial

陪你到冠礼

肉包不吃肉

Te haré compañía durante tu juventud,
y hasta tu edad adulta

— ROU BAO BU CHI ROU

Prólogo

EN ZHONGHUA NACIERON HACE TIEMPO dos talentosos generales. Aunque en sus inicios ambos poseían un enorme potencial, siempre fueron distintos como el *yin* y el *yang*: uno es agua; el otro, fuego.

Agua es Mo Xi. Frío como el hielo, distante, recio y austero. Entre sus tropas, las apuestas sobre cuándo perderá el general Mo su virginidad han acumulado una suma tan grande que cualquier desharrapado soldado raso, de hacerse con el bote, se volvería rico de la noche a la mañana.

El hombre de fuego es Gu Mang. Cortés, amable y con un carisma desbordante, puede decirse que sus virtudes encarnan al caballero perfecto: atento, dulce y de sonrisa fácil. Si debiera dinero a sus hombres por cada dama besada en el pasado, no habría botín suficiente para saldar sus deudas.

Antes de traicionar a su gente, hubo un día en el que Gu Mang, en un arrebato de inspiración, tomó un libro que él mismo había

escrito y, con prisa, buscó a Mo Xi para pedirle que le dedicara unas palabras.

En aquel momento, el general Mo estaba absorto revisando documentos sobre su próxima campaña militar.

—¿Qué has escrito? —atinó a decir, sorprendido y un tanto distraído.

—De todo un poco —respondió Gu Mang con entusiasmo—. Sobre la buena comida, descripciones de paisajes, relatos de viajes, crónicas militares y algunas trivialidades de la vida.

Mo Xi tomó el libro, levantó el pincel y, con la mano suspendida, mojó las cerdas en tinta, listo para garabatear sus comentarios.

—También escribí sobre ti —agregó Gu Mang con una expresión sugerente.

Curioso, Mo Xi detuvo su movimiento y levantó la mirada.

—¿Qué has escrito sobre mí?

—Nuestra historia. Con lujo de detalles. —La expresión sugerente se transformó en una mueca cómplice, casi lasciva.

—¿Qué historia?

Gu Mang se rascó la cabeza sin dejar de sonreír.

—La nuestra.

Mo Xi permaneció en silencio, lo miró por un instante, bajó sus largas pestañas y, con una expresión impasible, escribió en la parte superior del rollo dos finas líneas en su fría caligrafía castrense:

*Este es un manuscrito prohibido.
Quién atrevase a leerlo será castigado.*



CAPÍTULO 1

La mancha

EL SOL SE DESLIZABA LENTAMENTE hacia el horizonte, tiñendo de dorado las últimas horas del día. En la frontera de Zhonghua, una ligera nevada caía con delicadeza cubriendo el suelo con un manto inmaculado que resplandecía en la luz tenue del ocaso. Las ruedas de los carros y los pasos de los transeúntes dibujaban un laberinto de huellas de diferentes profundidades.

En el mercado, Wang Er, orgulloso vendedor de *chuibing*, bocadillos rellenos de carne, pregonaba a viva voz exhalando vapor blanco en cada entonación.

—¡*Chuibing*! ¡Bocadillos crujientes! ¡Recién salidos del horno!

Golpeó varias veces el viejo *gong* de cobre que colgaba junto al horno en un intento de captar la atención de los paseantes quienes, envueltos en sus capas y frotándose las manos, estaban demasiado abrumados por el frío para detenerse.

—¡No encontrará cosa más dura y crujiente en este mundo que la corteza de estos *chuibing*, excepto la cara de Gu Mang! ¡Llévese-los ahora que están calentitos!

Al escuchar esas palabras, más de uno sonreía por lo bajo.

El puesto de Wang Er llevaba más de una década en la misma esquina deleitando a locales y visitantes con ese único manjar. Al comienzo, el hábil comerciante, con su voz rasposa, solía contar una historia bastante diferente.

—¡Pase y compre! ¡Los favoritos del general Gu! ¡Pruébelos y tocará el cielo con las manos! ¡Sea invencible como él!

Un grupo de jinetes de imponente porte militar avanzaba lentamente abriéndose paso entre los delicados copos de nieve. Al frente iba un joven de unos diecisiete o dieciocho años que desentonaba con remolona apariencia a la estricta disciplina de la tropa. Abrigado por un sombrero de seda con intrincados bordados y un conjunto de piel de nutria, su rostro, delicado e infantil, estaba envuelto en un grueso cuello de felpa, lo que acentuaba sus aires de indolencia.

El joven era Yue Chenqing, subcomandante del Ejército del Norte. Aunque algo inexperimentado, poseía dos talentos formidables. El primero era su personalidad, templada y afable. Frecuentemente sermoneaba a amigos y extraños sobre el valor de mantener un perfil bajo y evitar explotar en arrebatos de ira, a los que consideraba malos para la salud y el espíritu, además de tener una infinita capacidad de arruinar cualquier amena reunión social. A pesar de su rango militar, Yue Chenqing era pacífico y divertido, y casi nunca perdía los estribos. De todos los jóvenes oficiales, era indudablemente el más agradable y de mejor temperamento.

Por otro lado, había algo casi admirable en su capacidad de asegurar su propia comodidad sin generar recelo en los demás. Había desarrollado una destreza casi artística para evitar las más mínimas inconveniencias o cualquier esfuerzo innecesario. Por eso, si podía sentarse, nunca se ponía de pie; si podía tumbarse, nunca se sentaba. Con astucia, vivía bajo la premisa de que «si hoy tengo vino, me lo bebo con atino; si mañana no he comido, de un hermano me convido».

En su cabeza no había sitio para pensar en el mañana: si conseguía vino, este correría generoso esa misma noche. Y las mujeres... ¡A la cama después del vino!

En cuanto a sus responsabilidades, también tenía su propia filosofía: las tareas eran mucho más soportables con el estómago lleno y el alma contenta. Por eso, no era raro que las dejara para *más tarde*.

La frontera norte estaba salpicada de parajes comerciales como este, donde se intercambiaban principalmente pieles de animales, hierbas medicinales, piedras espirituales y esclavos. Aunque no se podía decir que estos sitios fueran especialmente interesantes, en medio del frío y la dureza de la vida en el ejército, ofrecían formas aceptables de matar el tiempo.

—Me llevaré esa gata espiritual de siete colas.

—También esa pluma de cola de *gubhuo*.

—La rodapaja de esa tienda tiene buen aspecto. Creo que saldrían buenas medicinas. Tráeme diez cestas.

Mientras caminaba, iba ordenando a su escolta que adquirieran mercancías de todo tipo. Aunque su comportamiento irresponsable ponía nerviosos a los guardias, poco podían hacer si no querían contradecir a su superior.

El ocioso paseo le abrió el apetito. Miró a su alrededor en busca de un bocadillo, cuando de repente escuchó a lo lejos los gritos de Wang Er, casi un graznido que atravesaba la nieve y el viento:

—¡Bocadillos crujientes recién horneados! ¡Con la corteza dura como la cara de Gu Mang! ¡Compre ahora que están calientes!

Al escuchar una oferta así de osada, Yue Chenqing no pudo evitar arquear una ceja. Pensó: «Vaya. ¿Usar a Gu Mang de gancho para vender? Si Mo Xi llega a escucharlo, perderemos más que la corteza».

Sin concluir el pensamiento, espoleó su montura con prisa, pero justo cuando iba a lanzar una amarga reprimenda al viejo tendero, el dulce aroma del pan recién horneado lo golpeó como una caricia inesperada. Se tragó la reprimenda junto con la saliva que ya se le acumulaba en la boca.

Las severas palabras que había articulado anteriormente en su mente salieron como un inocente:

—Un *chuibing*, por favor.

—¡Por supuesto! —Wang Er sacó del horno un bocadillo humeante, dorado y crujiente, delicadamente espolvoreado con semillas de sésamo negro. Lo envolvió en un saco de papel encerrado y se lo entregó a su distinguido cliente—. Aquí tiene, vaya con cuidado porque quema. Pero no deje que se enfríe. Son mejores cuando están calientes.

Yue Chenqing recibió aquel tesoro y le dio un buen mordisco. El crujido resonó en sus oídos, y de la masa dorada y crujiente se filtró un poco de aceite caliente. Los sabores del trigo horneado, el relleno de carne y las especias molidas inundaron su paladar. La

fragancia ahumada invadió inmediatamente el aire, obligándole a tragar aquella ambrosía.

—¡Qué delicia! —lanzó después del primer bocado, con los ojos empañados de vapor.

—¡Se lo dije! ¡Mis *chui*bing son únicos en el mundo! —presumió Wang Er inflando el pecho con orgullo—. Incluso Gu Mang, en sus días de gloria, después de cada batalla venía a mi puesto y se llevaba como mínimo cinco o seis. —El tendero hizo una pausa, removió las brasas y frunció el ceño, haciendo memoria—. Pero si hubiera sabido que acabaría convirtiéndose en un perro traidor, ¡hace años que le hubiera puesto veneno en la comida para librar al pueblo de esa mugre!

—Ten cuidado con ese tipo de declaraciones —le replicó Yue Chenqing con la boca llena—. Tampoco puedes seguir usando el nombre de Gu Mang para vender tus pasteles.

—¿Por qué, señor? —Wang Er abrió los ojos, sorprendido.

—No tiene importancia. Cuando habla un superior, tú escuchas y obedeces —respondió Yue Chenqing, dando otro gran bocado al pastelito—. Pronto iremos a la guerra contra el Reino Liao, por lo que nuestras tropas probablemente estarán apostadas aquí unos cuantos años. Si sigues mencionando a Gu Mang todo el tiempo en tus pregones... —dijo con la boca llena, y tragó antes de adoptar una sonrisa maliciosa— podrías ofender a algún *gran* dignatario.

Mo Xi, conocido como el señor Xihe por mandato del anterior emperador, provenía de la noble familia Mo. Entre los Mo se contaban cuatro grandes generales: los dos abuelos de Mo Xi, su padre y él mismo. De su linaje, Mo Xi no solo había heredado un poder espiritual extraordinario, sino que, después de estudiar con los

maestros más estrictos de la Academia de Cultivación, con apenas veintiocho años ya había sido promovido al rango militar más alto de Zhonghua y se le había confiado el liderazgo de cientos de miles de hombres.

Mo Xi tenía el carácter frío del invierno, y era estricto y autoritario, en parte por su educación familiar.

—«Los excesos apagan el fuego de un guerrero. No busques los suspiros, trabaja con esmero» —le advertía su padre con frecuencia. Obediente, el joven general mantenía una disciplina ascética y una integridad incuestionable. Podía decirse que, a sus veintiocho años, no había cometido un solo error de importancia.

A excepción de Gu Mang.

Para Mo Xi, Gu Mang era la tinta sobre el papel, el barro en la nieve, la mancha de sangre sobre sábanas blancas, que, al caer, despierta pensamientos turbios.

Él era la mancha en su vida.



Cayó la noche.

En el campamento, una ópera cortaba el silbido del persistente viento norteño. Las dulces melodías femeninas se elevaban lentamente como espíritus perdiéndose entre las nubes plumizas.

«... Llovió de nuevo sobre el estanque Yuming. El sol se refleja sobre el pabellón dorado. Que no se detenga el vino y el amor cantado. Hasta los insectos se conmueven, enamorados...».

El guardia apostado fuera de la tienda de campaña del general vigilaba nervioso de un lado a otro, la viva imagen de una perdiz. Al ver a lo lejos una figura alta y oscura acercándose, su rostro adquirió una expresión tétrica. Ansioso, interrumpió el espectáculo y levantó la solapa.

—¡Señor! ¡Malas noticias!

—¿Qué pasa ahora? —Desde el interior, Yue Chenqing bostezó sentado en el asiento de mando del general. Levantó la mirada y apoyó el mentón sobre su mano derecha con curiosidad.

—¡Ay! ¡¿Qué está esperando?! ¡Levántese de una vez y refuerce el patrullaje! ¡Deje ya de entretenerse con la ópera!

—¿Por qué tanta prisa? —respondió perezosamente Yue Chenqing—. Podemos escuchar un poco más y salir más tarde. No os quedéis paradas ahí, seguid cantando —dijo a las intérpretes a medio cantar.

Entonces, una dulce voz reanudó el conjuro: la melodía de la ópera volvió a ascender lentamente como un listón etéreo hacia el infinito.

«De esas sombras se alzaré un reino, el trabajo de una vida grabado en sus ojos. Las enseñanzas de Qi Xuan sólo parcialmente entendidas; ¿cuándo me despertará de este sueño el viento del este?».

—Ay, señor Yue, ¡por favor, pídales que se detengan! —exclamó el pobre guardia, preocupado—. ¿Por qué hace esto?

—La juventud no dura para siempre. Por eso hay que disfrutar el momento. —Yue Chenqing, alegre, se mordisqueaba las uñas—. Sin estos pequeños placeres, la vida no tendría sabor.

—Pero si el señor Xihe llegara a verlo, pondría el grito en el cielo... Otra vez.

—Pero el señor Xihe no está por aquí, ¿no ves? —Yue Chenqing hizo una mueca despreocupada—. Además, ese hombre siempre va con la cara larga, ni se ríe ni busca diversión. Siendo un adulto grandullón, se ofende hasta por los chistes subidos de tono... Ponerlo contento es una misión imposible... Pero el señor Xihe es así —continuó Yue Chenqing—, él quiere vivir en celibato y abstinencia, y acaba haciendo que todo el ejército se vuelva igual de aburrido. Mira el campamento, ¡ni una perra hembra se asoma por aquí!

Era verdad. El ejército de Xihe era el más sacrificado de todo Zhonghua.

Aunque bajo su liderazgo no faltaba la comida, la ropa ni los suministros, Yue Chenqing estaba en lo cierto. El general era estricto y aburrido. No solo él mismo se mantenía alejado de los divertimentos, sino que había prohibido estrictamente que sus subordinados cayeran en las distracciones del sexo opuesto.

—El hombre tiene muchas buenas cualidades, pero su necesidad de controlarlo todo es excesiva. Mira, su obsesión con la perfección y la limpieza, su ansiedad constante... ¡Es increíble que todo eso quepa en una sola persona! Además, es incapaz de dejarse llevar y disfrutar con nada, ¡es un desperdicio que tenga una cara tan bonita! —continuó Yue Chenqing sin ocultar en lo más mínimo sus más sinceras reflexiones sobre el comandante.

—¡Señor Yue, por favor! ¡Ya es suficiente! —El semblante del guardia empalideció como augurando un desastre inminente.

Pero Yue Chenqing no solo no se detuvo, sino que siguió despotricando:

—Mira cómo están todos, tan tensos que parece que van a explotar en cualquier momento. ¡Ja, ja, ja! Mientras él está ausente, voy a soltarles un poco las riendas. Esta noche, dejaremos que todos se diviertan: levantaremos el toque de queda y organizaremos un concurso de belleza junto a la hoguera. Yo mismo me encargaré de darle el premio mayor a la chica más hermosa de la aldea.

—¿Qué premio vas a entregar?

De repente, una voz masculina grave y severa resonó en la tienda. La cortina se levantó de golpe, y un hombre alto, con una armadura plateada como la escarcha, irrumpió lentamente.

Además de la armadura, vestía un uniforme militar impecable, tenía hombros anchos, la cintura estrecha y un par de largas piernas envueltas en botas de cuero negro. Al levantar la mirada, su rostro era frío y severo como la hoja de una espada, afilada y penetrante.

Este hombre no era otro que el propio señor Xihe, el general del que Yue Chenqing se estaba burlando tan profusamente hacía un momento.

Yue Chenqing se quedó momentáneamente paralizado, y al recuperar el sentido, con un estremecimiento se envolvió con más fuerza en su capa de piel.

—¡General Mo! —El subordinado adoptó una expresión de inocente desamparo—. ¿Por qué no nos anunció que regresaría antes de tiempo? ¡Ehhh!



Mo Xi, disgustado por aquel *tierno* quejido, invocó rápidamente una espada de energía espiritual y la lanzó con tal precisión que rozó la mejilla de Yue, dejando una estela de aire cortante.

A punto de perder la cabeza, Yue Chenqing se levantó del asiento de mando, se sacudió el cabello desordenado del rostro e intentó poner paños fríos.

—¡Señor Xihe! ¿Por qué recurre a la violencia?

—¿Me pides explicaciones a mí? ¡Yo aún no he terminado de interrogarte! Dime, ¿cómo es posible que haya mujeres en mi campamento? —Mo Xi miró de reojo a las actrices que permanecían en silencio, congeladas por el miedo. Luego giró la cabeza, dirigiéndose a Yue Chenqing con los ojos encendidos—. ¿Las has traído tú?

Yue Chenqing estuvo a punto de balbucear alguna justificación, pero al cruzarse con la inquisidora mirada de Mo Xi, retrocedió de inmediato:

—... No se ponga así... Solo estaban cantando una canción. Es una famosa ópera de Lichun. ¿No quiere escuchar un fragmento, señor Xihe?

Mo Xi le dedicó una expresión fría y severa, y, con fastidio, ordenó:

—La música es una frivolidad obscena. ¡Fuera de mi campamento! —Y la verdad es que tenían suerte de conservar la cabeza. Yue Chenqing abrazó sus rodillas y se encogió en el asiento de mando.

—Qué rudo y despiadado. Voy a informar a mi padre de que no me trata bien —lanzó con voz triste y lastimera.

Mo Xi lo miró de reojo:

—¡Lárgate ahora mismo!

Mo Xi se quedó solo en la tienda, y comenzó a caminar nervioso con un gesto de desdén. Suspiró varias veces antes de sentarse y retirar poco a poco las protecciones de cuero negro de sus manos. Con dedos largos y pálidos, se presionó suavemente las sienes y cerró los ojos. A la luz de las velas, se lo veía un tanto demacrado, con un tinte de palidez enfermiza que reflejaba cansancio. Sumado a la dureza feroz y persistente de su mirada, estaba cada vez más marchito.

Las preocupaciones atribulaban su mente.

Gu Mang. De regreso a Zhonghua.

Incluso en aquel momento llevaba la carta muy cerca, presionada del lado izquierdo contra el latido pesado y firme del corazón, calentada por la temperatura de su pecho:

Gu Mang regresa a Zhonghua.

Recibir la noticia había sido como si entre sus costillas hubiera crecido una zarza de espinas, punzándolo con un dolor agudo y penetrante.

Mo Xi frunció el ceño en un intento de contener su irritación, pero al final estalló de rabia. Fuera de control, abrió los ojos, levantó una de sus largas piernas, todavía envuelta en las botas de cuero negro, y, con un golpe seco, derribó la mesa, provocando un gran estruendo.

—¡Señor Mo! —El soldado de guardia se asomó rápidamente, visiblemente nervioso—. Por favor, cálmese. El teniente general Yue todavía es muy joven. Le gusta divertirse, es lo normal. Fue culpa mía no haber evitado que trajera aquí a esas mujeres. Si quiere castigar o regañar a alguien, por favor, hágalo conmigo, pero no se irrite.

Mo Xi se volvió rápidamente. En aquella luz tenue, sus ojos brillaban encendidos como ascuas.

—Fuera de mi vista.

Silencio.

—Nadie puede entrar sin mi permiso expreso.

—Sí, señor.

La cortina de la tienda volvió a caer, y el silencio, denso y pesado, cargó el ambiente dentro y fuera, solo interrumpido por el silbido arremolinado del viento gélido del norte. A lo lejos, las tropas marchaban con el crujir de las botas de cuero sobre la nieve. También se oían espaciadamente a los corceles relinchar en el campamento de bestias espirituales.

Mo Xi volvió a girarse, bajó la mirada y se fijó en las bayas silvestres que ahora rodaban por el suelo como si representaran a las cabezas que Gu Mang había cortado con sus propias manos a lo largo de esos años oscuros.

Dio rienda suelta a sus pensamientos, y sus obsesiones lo invadieron: «¿Cómo es posible que un hombre que ha cometido tantas atrocidades, crueldades e injusticias, que ha traicionado a su patria, a sus hermanos y a sus amigos más cercanos, que arruinó para siempre su reputación, y que acarrea deudas de sangre y tantos odios profundos, tenga el valor de regresar?».

¿Cómo se atrevía Gu Mang a volver?

Mo Xi se tomó un momento para respirar, y después de un esfuerzo, consiguió calmarse. Sacó nuevamente aquella misiva secreta que había leído y releído hasta desgastarla. La caligrafía del emperador era elegante, con trazos perfectamente ejecutados:

El Reino Liao tiene la intención de firmar un armisticio. Como muestra de buena voluntad, escoltarán al traidor Gu Mang de regreso a nuestra capital.

Gu Mang supo ser general de Zhonghua, y en él se había depositado la más absoluta confianza. Sin embargo, en lugar de pagar con su lealtad y patriotismo, traicionó a la nación con fines egoístas y se unió al enemigo. Durante los últimos cinco años, se ha dedicado al saqueo de las ciudades de nuestra madre Patria, y nos ha sumido en la guerra, destruido la paz, masacrado a sus antiguos hermanos y abandonado a sus viejos amigos y familia. Sus crímenes son de una gravedad imperdonable.

Dentro de diez días, Gu Mang llegará a la ciudad. La hostilidad hacia su persona está tan extendida que no puedo decidir su destino en solitario. Por ello, escribo esta carta para solicitar los comentarios de cada uno de nuestros señores de la nobleza.

General Mo, es de mi conocimiento que se encuentra defendiendo las fronteras de la nación, pero cuenta con mi confianza absoluta. Por ello, le solicito su más sincero y desinteresado consejo.

Con consideración...

Desmembramientos, ejecuciones, torturas inhumanas...

«¡Debe morir!», pensó con rabia.

«Ejecución».

Sin embargo, su muñeca suspendida encima del papel suave se negaba a terminar de escribir los caracteres. Un temblor involuntario provocó que la tinta se derramara por todo el suave rollo de papel.

Mo Xi se quedó inmóvil por un momento, y sus ojos oscuros se encendieron con una luz indescifrable. Maldijo en voz baja, arrojó el pincel con frustración y, con un movimiento rápido, tomó la carta. Al instante, una llama estalló en la palma de su mano, y en un abrir y cerrar de ojos, el papel quedó reducido a cenizas.

Las cenizas flotaron incorpóreas en el aire, y Mo Xi las sopló suavemente para darles la forma de una mariposa que transportaría su mensaje desde los confines del imperio hasta los exclusivos ojos del emperador.

—El general Gu Mang fue recomendado por mí. Yo lo apoyé y lo protegí. Por lo tanto, no puedo eximirme de toda responsabilidad frente a sus actos de traición. En cuanto a su juicio, considero que lo más apropiado es abstenerme de sospechas y opiniones. —Hizo una pausa, y luego, en voz baja, añadió—: Mo Xi, general del Ejército del Norte, envía sus mejores deseos a Su Majestad Imperial.

Levantó la mano, y la mariposa espiritual voló con gracia.

Con la mirada perdida cerca del lugar por donde había desaparecido la mariposa, pensó: «Bueno, al menos finalmente se ha resuelto este asunto después de más de diez años. Gu Mang es el responsable de la muerte de incontables hombres de Zhonghua, y además se enemistó con un pueblo que lo había aclamado como héroe. Y, como era de esperarse del reino Liao, *liebre en mano cocinan al perro*. Lo entregan porque ya no les es útil. Teniendo en cuenta lo vivido, no me extraña que los funcionarios de la capital estén ansiosos por montar su venganza».

Sin embargo, con dos años más de servicio en la frontera pendientes, no podría presenciar la ejecución de Gu Mang.

Cerró lentamente los ojos. Aunque su rostro no reflejaba emociones, sus uñas se clavaban poco a poco en las palmas de sus manos.

Todo había terminado. Viejos amigos. Caminos separados. Incapaces de regresar al pasado.

Podrían volver a cruzarse, pero todo sería diferente.

¿Qué sentía Mo Xi? Los demás quizás nunca lo entenderían. Sentado en la penumbra de aquella remota tienda de campaña, su rostro parecía haber envejecido una década, inundado por la angustia y el cansancio.

Enemigos acérrimos, rivales irreconciliables...

Eso dirían los libros de historia. Así se recordaría el carácter de su relación.

En todo el mundo conocido, además de ellos mismos, nadie conocería jamás la verdad. Una verdad oculta, íntima y prohibida; tan sucia como excitante, destinada a morir con sus perpetradores. Estos dos hombres, enfrentados hasta la muerte... habían sido amantes.

Sí. Amantes apasionados.

Años atrás, el joven Mo Xi, casto y ascético, se había arrojado sobre Gu Mang en un arrebato de pasión brutal. El general, adusto y rígido, sin control sobre sus impulsos, embestía a Gu Mang mientras el sudor de ambos goteaba incandescente de sus torsos desnudos, y el deseo encendía sus ojos de lujuria.

¿Y Gu Mang? El héroe invencible, el campeón del reino, el terror del enemigo. En la intimidad de la cama, follado hasta las lágrimas, suplicando dulzura y besos suaves con los labios entreabiertos,

permitiéndole a su amante sellar con moretones cada pliegue de su fibroso cuerpo.

Era cierto que eran rivales, con un odio profundo al que solo la muerte podría poner fin. Pero antes de eso; antes de que sus caminos se bifurcaran, antes de que las circunstancias los convirtieran en antagonistas, habían vivido juntos un amor salvaje. Una aventura visceral de pasión y deseo. Tan difícil de romper, imposible de olvidar...



Gu Mang puede con todo

POCO DESPUÉS DE QUE MO XI recibiera la carta secreta del emperador, la noticia de que Gu Mang regresaría a la capital fue finalmente revelada. Junto con el anuncio, también se informó del castigo que se le destinaría a Gu Mang:

Sería puesto bajo el control absoluto del señor Wangshu.

La noticia se extendió hasta los confines del imperio. Aunque el ejército de Mo Xi se encontraba apostado en la lejana frontera norte, para el tercer día no había conversación que no girara en torno al tema.

El Ejército del Norte explotó. Si bien los hombres mantenían las apariencias y continuaban con sus deberes cotidianos con la rigurosidad y disciplina habitual, durante sus descansos casi todos opinaban sobre el asunto. Contrario a su naturaleza, aunque estaba al tanto del revuelo, Mo Xi decidió no intervenir.

El comandante comprendía la indignación de sus hombres. Después de todo, el Ejército del Norte había sido alguna vez el

invencible ejército de Gu. Gran parte de la tropa había arriesgado su vida codo a codo con Gu Mang, y su relación con el traidor era bastante complicada: si bien su lealtad a Zhonghua estaba fuera de cuestionamiento, en el pasado habían sido incondicionales al carismático Gu —aunque, en aquel entonces, el nombre que Gu Mang le había dado a su ejército era el de «Ejército Wangba».

Wangba contenía en la lengua común dos significados poco honorables: el primero era claro y directo, un impropio semejante a «bastardo», o alguno que ponga en cuestión la integridad moral de la madre o la esposa del insultado. El segundo era un poco más elaborado: Wangba era un tipo de tortuga famosa por esconder la cabeza en su caparazón blando ante el mínimo peligro. De ahí que también fuera la imagen de la cobardía. Un nombre poco digno para un cuerpo militar de élite.

Antes de que Mo Xi tomara el mando, los registros militares del ejército rezaban:

«Soldado Liu Dazhuang, Ejército Wangba».

«Sargento Zhang Dayan, Ejército Wangba».

... y así sucesivamente.

Y, por supuesto, al frente estaba su comandante, la tortuga más bastarda de todas, Gu Mang.

Si primara la lógica, nadie se hubiera unido a un ejército con un nombre tan vulgar, pero en verdad había sido un asunto de trivial importancia. Gu Mang era el general más destacado de Zhonghua en aquella época, y no había recluta que no se sintiera inspirado por su personalidad y su historia. La mayoría de los generales ilustres de la nación habían estado constreñidos por sus obligaciones

familiares, la etiqueta imperial y sus ambiciones personales, pero Gu Mang era diferente. Nacido esclavo, era huérfano de padre y madre, no tenía obligaciones ni preocupaciones, no tenía ego para perder y, sobre todo, no le tenía miedo a la muerte.

Si en aquellos días alguien hubiera despojado a los nobles de Zhonghua de sus lujosos atavíos y los hubiera alineado desnudos uno junto al otro, Gu Mang no habría destacado por ser el más musculoso ni el más corpulento. Sin embargo, hubiera sido imposible ignorar que era, sin lugar a duda, el hombre con más cicatrices.

Él era la indiscutible «Bestia del Altar» del Imperio Zhonghua.

—¿Cómo es posible que, siendo el comandante en jefe, siempre estés en el frente? ¿Es que ni siquiera intentas esquivar los golpes? —Después de la batalla, su segundo al mando observaba con amargura sus cicatrices.

—Mis piernas son demasiado largas. Me obligan a correr rápido, ¡no me dejan opción! —Con buen humor y una paciencia inquebrantable, Gu Mang intentaba reconfortar a su amigo. Sus ojos negros sonreían intensamente, sus labios eran finos y definidos, y hablaba con la suavidad de la seda.

En el campo de batalla, cuando él estaba presente, no todo era hielo y sangre, sino que había lugar para las risas y la ternura. Recordaba el cumpleaños de cada uno de sus camaradas, y después de la batalla solía llevar a sus hombres a los pequeños pueblos cercanos para celebrar y beber. Muchas veces los aldeanos locales intentaban aprovecharse y pedir precios desorbitados, pero el general Gu no se ofendía: sonriendo, colocaba todo su dinero sobre la mesa para que sus soldados pudieran cambiarlo por vino y carne.

—¡Comed y bebed bien, hermanos! ¡Qué banquete nos espera! Vosotros sois mis queridos, mis tesoros. Si la paga no alcanza, ¡yo mismo empeñaré lo que haga falta para dejaros satisfechos! —terminaba animándolos a los gritos.

Gu Mang era fiel a su palabra. Cambiaba frecuentemente joyas por carne y piedras espirituales por licor. En una ocasión, se quitó su uniforme y armadura, los arrojó con descaro sobre el mostrador de licores y regresó a la mesa con una botella de licor de pera blanca.

—¡General Gu, queremos más carne! ¿Qué más se puede quitar? —Los soldados, entre risas, comenzaron a hacerle burla.

A esas alturas solo una camisa blanca lo separaba de la desnudez. Con un gesto cómplice les pidió que esperaran un momento.

—¡No puede ser! General Gu, no va a quitarse también los calzoncillos, ¿verdad?

—Esos no tienen valor...

Evidentemente, Gu Mang no iba a poder empeñar sus agujereados calzoncillos, pero ya no le quedaba nada que vender. Así que, ante las miradas sorprendidas y divertidas de todos, se acercó y, entre risas, le estampó un beso en la cara a la coqueta viuda dueña de aquel establecimiento.

Los soldados se quedaron en completo silencio ante la expresión paralizada de la propietaria; la cuchara con la que servía el licor quedó suspendida en sus manos, dejando caer las gotas una tras otra. Después de ese instante, reaccionó, levantó la cuchara convertida en porra y empezó a perseguir a Gu Mang a los golpes.

—¡Sinvergüenza! ¡Te atreves a coquetear conmigo!

El resto de la sala estalló en carcajadas.

Entre risas y abucheos, Gu Mang comenzó a correr alrededor del bar, perseguido por la viuda y suplicando piedad.

—¡De verdad! ¡Era en serio! ¡Eres hermosa! ¡Creo que eres hermosa!

—¡Ya sé que soy hermosa! ¡Y tú, mocososo, también eres bien apuesto! Pero no tienes vergüenza alguna. ¿No podías venir a buscarme en secreto por la noche? ¡Tenías que hacerlo delante de todo el mundo! ¡Qué descarado!

—¡Sí, sí, sí! ¡Mañana por la noche vendré a buscarte! —El descarado Gu Mang había encendido un alboroto, pero nunca perdía la compostura—. También me puedo quedar esta noche, pero te pido que nos des unos platitos más de carne. ¡Por favor, querida!

—¡Bah! Desde que montasteis el campamento por aquí, ya me habéis pedido fiado tres veces, ¡esta es la cuarta! ¡Cada vez dices que vendrás a verme la noche siguiente! ¿Qué te crees que soy? ¡Me estás tomando el pelo! —La viuda gritaba mientras agitaba a golpes de puño la barra de madera que cedió haciendo un crujido que dejó una grieta.

Los soldados estaban a punto de caerse de culo. Pero, al final, Gu Mang consiguió aprovechar su cara bonita y la promesa de visitarla al día siguiente para conseguir un poco más de carne de res en salsa para sus hermanos.

—General Gu, es un verdadero maestro con las mujeres...

—Claro que sí —dijo Gu Mang con orgullo, balanceándose—. Después de picotear tantas flores... ¿Quién no ha escuchado de mi gran dote?

Con semejante comandante, muchos jóvenes se sentían inspirados a unirse a su tropa.

—No me importa que se llame Ejército Wangba, ¡incluso si lo llamaran Ejército Jiba de la polla, yo me alistaría, solo por el general Gu! —proclamó un joven recluta con valentía.

—Tanto has estudiado a los clásicos para hablar con esa vulgaridad —le reprochó un colega.

—Entonces, ¿cómo sugerirías ponerle algo más elegante?

—En lugar de «Wangba» de «bastardo», deberían haberle puesto «Wangba» de «pacificador», que se pronuncian casi igual. Así transmitiría la idea de deponer las armas y acabar con la guerra.

—¡Qué buen nombre, me gusta! —exclamó el joven asombrado.

—No sé, lo decía por decir. ¿Quién usaría un nombre como Jiba? ¿No te da vergüenza hasta decirlo? Hasta un perro se enfadaría si lo llamas así.

El joven se rio socarronamente antes de tomarse un segundo para contestar.

—Nunca digas nunca. Que no exista ahora no implica que no pueda existir en el futuro. Nuestro mejor ejército ya se llama Wangba, ¿por qué no podría haber un Ejército Jiba en el futuro?

Afortunadamente, Gu Mang no escuchó esta conversación. De haberlo hecho, quién sabe si no habría golpeado la mesa para proclamarse comandante del Ejército Jiba y arrastrar a todos sus subordinados a esa vergüenza.

En medio de la crueldad de la guerra, solo un loco como Gu Mang era capaz de divertirse. Le resultaba entretenido tomarse el conflicto con humor. No solo ideó el creativo nombre de su ejército,

sino que también se encargó de diseñar su estandarte. El pabellón, cortado en una pieza de tela color verde jade, tenía la forma de una tortuga, ¡con cola y todo!

Además, encantó la insignia con un hechizo ridículo, de modo que cada vez que tenía que anunciar la hora, la tortuga gritaba a todo pulmón: «¡Wangba, Wangba! ¡El orgullo de Zhonghua!».

Los despliegues de descaro irónico reflejaban el inacabable sentido del humor del general Gu.

La primera vez que llevó ese estandarte al campo de batalla, el comandante enemigo casi se murió, pero de risa. Sin embargo, a las pocas horas, el Ejército Wangba logró reducir a un oponente de más de cien mil hombres al más absoluto caos. Después de esa batalla, el pabellón de la tortuga verde presenció muchas otras más, grandes y pequeñas, y bajo el liderazgo de Gu Mang nunca conoció la derrota.

Durante los años en que estuvo al frente de este ejército, los enemigos de Zhonghua temblaban de miedo ante la mera aparición de la cola de la tortuga. Incluso los rivales más temibles veían en sus pesadillas, en el campo de batalla, el ridículo estandarte ondeando al viento en manos de Gu Mang galopando en primera línea, listo para pronunciar su más severa y solemne introducción:

—Mis respetos, general. Soy el comandante del Ejército Wangba, Gu Mang. Estoy aquí para aprender de sus habilidades.

Ya era vergonzoso caer derrotado ante Gu Mang, pero aún peor era para sus enemigos regresar y reportar llorando a sus soberanos:

—Soy un inútil. Ni siquiera pude derrotar a Wangba, el ejército de bastardos cobardes.

Era una verdadera pesadilla.

Para los soldados de Zhonghua, aunque Gu Mang era travieso y desvergonzado, tenía un carisma cautivador. Durante ese tiempo, se había ganado la admiración de sus hombres, especialmente entre los rangos más bajos, e incluso algunos llegaron a adoptar la absurda filosofía de Gu Mang de que los nombres *de mierda* inspiran seguridad. Impuso una moda por la cual muchos niños nacidos en aquella época recibieron nombres poco convencionales. La tendencia fue exagerada, y algunos de los nombres dejaron una marca en la historia:

Chu «raíz fuerte» Genzhuang.

Xue «barra de hierro» Tiezhu.

Jiang «dolor de huevos» Dantong.

Previsiblemente, cuando Mo Xi asumió el mando del Ejército Wangba, lo primero que hizo fue bautizarlo nuevamente. El refinado señor Xihe no podía permitir que su nombre apareciera en los registros militares para la posteridad como «Mo Xi, comandante del Ejército Wangba». ¡Jamás lo hubiera permitido!

Así, el Ejército Wangba recibió el aburrido nombre de Ejército del Norte, y pasó a estar bajo el mando de Mo Xi. Aquel chiste negro, que no se doblegaba ante la sangre y el humo de la guerra, terminó de la misma manera que Gu Mang: en una triste derrota. Y la pequeña tortuga color jade que chillaba «¡Wangba, Wangba! ¡El orgullo de Zhonghua!» con la potencia irónica del sentido del humor de su creador desapareció para siempre de los campos de batalla.

Todo volvió a ser solemne. Ya no habría flores, ni miel, ni nadie esforzándose por recordar los cumpleaños. Ya no habría quien

guiara a los soldados en bromas o juegos, ni quien se desnudara para cambiar sus ropas por licor.

La guerra había regresado. Fría y brutal.

Y también el largo invierno.

La mayoría de los soldados del Ejército del Norte decía odiar a Gu Mang, pero sus emociones eran diferentes a las que reinaban entre los civiles. Aquellos veteranos que habían combatido al mando del general Gu todavía conservaban un destello de nostalgia cada vez que pronunciaban u oían su nombre.

—Todo el mundo sabe de la crueldad del señor Wangshu. No es una buena señal que el emperador deje a Gu Mang bajo su custodia.

—No le quedará ni un hueso sin romper...

Un hombre ambicioso no siempre genera desprecio, pero es imposible justificar la defensa de un traidor. Sin embargo, cuando los hombres del antiguo Ejército Wangba se reunían en privado, los susurros que intercambiaban poco tenían que ver con sentimientos de odio. Al final, algunos de los más veteranos sólo podían lamentarse con pesar.

—Qué buena persona era... Si en aquel entonces no hubiera ocurrido lo que tú ya sabes, él tampoco habría...

—¡Shh! ¡Baja la voz! ¿Cómo te atreves a mencionar eso? ¿Quieres que te maten?

El veterano, al darse cuenta de lo que casi se le escapa, soltó una exclamación, y la leve esperanza de sus ojos se desvaneció de inmediato. No pudo evitar estremecerse.

—Ahora estamos bajo el mando del general Mo. Y Gu Mang es la persona a la que más odia en el mundo. Ya sabes qué carácter

tiene. Si se llega a enterar, ¡ninguno de nosotros saldrá de aquí con vida!

—Ay, ay. Tienes razón. Mirad cómo siempre me pasa lo mismo. Bebo un poco y me pongo tan tonto...

Los veteranos reunidos alrededor del fuego no dijeron una palabra, y dejaron que el recuerdo se perdiera entre las llamas, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Pasó un largo tiempo antes de que alguien se atreviera a romper el silencio.

—Pero supongo que las personas cambian. Solo podemos decir que el general Gu se buscó este destino.

—¿Cuántos años han pasado ya? ¿Cómo todavía lo llamas general Gu?

—Tienes razón, perdón. Gu Mang, Gu Mang. —El veterano, ligeramente ebrio, se tumbó en el suelo, apoyando la cabeza sobre el brazo. Miraba las constelaciones en el cielo; la estrella de Ziwei, símbolo del imperio, brillaba con fuerza como si estuviera vigilando conversaciones inapropiadas. Tragó saliva, y dejó escapar un murmullo casi inaudible—. Ay, para ser sincero, cuando me alisté, lo hice por Gu Mang. Incluso lo conocí en persona y bebimos juntos alrededor de la hoguera. No tenía nada de arrogante. En aquel entonces, al verlo bromear y sonreír, pensé que si algún día me tocaba morir en combate por él, al menos lo haría con orgullo. ¿Quién iba a imaginar que al final él terminaría...?

Con este destino.

Si ya no quedan pájaros, ¿de qué les sirve el arco?

Después de usarlo para la guerra, el enemigo devolvía a Gu Mang a Zhonghua como ofrenda para las negociaciones de paz.

Este hombre había atravesado los más diversos giros de la fortuna, había visto el viento y la luna en sus viajes, pero en un paso desafortunado, terminó traicionando a su patria. Lo hecho, hecho estaba. Ya no había vuelta atrás.

¿Qué significa cosechar lo que siembras? ¿Qué significa ser el arquitecto de tu propia destrucción?

Dicho esto, aunque trágico, este destino era el resultado de sus propias acciones. Con su reputación en ruinas, casi todos en Zhonghua esperaban ansiosos un desenlace definitivo para la historia de Gu Mang.

Decapitado, desmembrado, hervido a muerte, desangrado por mil cortes, descuartizado por cuatro potros...

—*No podemos perdonar a este singüengüenza.* —Hasta los niños que apenas estaban aprendiendo a hablar copiaban a los adultos que condenaban a Gu Mang.

El general Gu, excomandante del ejército más temible y héroe de Zhonghua, némesis de Mo Xi, una vez conocido como «La Bestia del Altar» se había convertido patéticamente en un *singüengüenza*.



